

sus tropas indisciplinadas é indómitas, por la organización de la monarquía y el restablecimiento de las fronteras antiguas, sino también por la solicitud ilustrada con que fomentó la riqueza general y todos los intereses materiales é intelectuales del país, completamente arruinado desde la invasión mogola, á pesar de la notable feracidad de muchas comarcas. Para facilitar y animar el comercio entre las varias provincias del imperio, y con el extranjero, hizo construir carreteras, puentes, bazares y posadas para las caravanas; y á fin de repoblar distritos casi desiertos, ó quizás para transformar en desierto una gran parte de la Armenia y dificultar así las invasiones de los turcos con la falta de subsistencias, tomó la medida despótica y cruel, durante la guerra con los turcos en 1013 (1604), de obligar á la población armenia de Schulfa, á orillas del Aras, á trasladarse y establecerse en la inmediación de Ispahan, convertida desde algún tiempo antes en capital de su Estado. Los habitantes de Erivan, Nachdschevan y otras poblaciones de la frontera turco-persa fueron trasladados por su orden á la Media septentrional y al Aderbidyan; y á todos estos colonos, y muy especialmente á los trasladados cerca de Ispahan, les facilitó cuanto pudo el ejercicio de sus industrias, para que el país se levantara de su decaimiento. Su política mercantil tendía á reservar á sus súbditos también el comercio extranjero, y especialmente con la India, donde los europeos hacían progresos rápidos según sabía muy bien el soberano de la Persia.

En el tiempo de la caída de los ak-koyunlus y de la subida de los sofíes, cuando en la Persia meridional no se había hecho sentir todavía la influencia previsorá de un gobierno vigoroso central, los portugueses, á las órdenes de su gran capitán Alfonso de Albuquerque, se habían apoderado en el año 913 (1507) de la isla de Ormuz, situada junto á la entrada del golfo Pérsico. Esta isla, donde se refugió el año 700 de la égira (1301) el schah de Ormuz, ciudad situada entonces en frente y en tierra firme, para huir del il-khan Gasan, estaba gobernada desde aquella época por soberanos tributarios del de Kirman. Después de los portugueses, llegaron los ingleses, franceses y holandeses, y establecieron factorías en Gamrun, situada en tierra firme, también en frente de la isla; pero la isla con la moderna ciudad de Ormuz continuó siendo un emporio mercantil floreciente á pesar de la decadencia del poderío de Portugal, muy visible ya en tiempo de Abbas. Este resolvió destruir tan importante emporio del comercio europeo, aprovechando la rivalidad y codicia de los ingleses en 1031 (1622), y tan bien supo manejarse que éstos, después de haberle servido quedaron burlados, pues que su factoría de Gamrun, que no les fué permitido fortificar, decayó gradualmente por la oposición tácita de las autoridades locales. Sin embargo, tampoco consiguió el schah Abbas su objeto principal, que era hacer pasar á manos persas el comercio, tan activo en aquella parte, pues que sus súbditos carecían de las cualidades indispensables para suplantar á los europeos. En efecto, los persas no tenían, ni tienen todavía hoy, aptitud para la marina y sus ramos accesorios, y de nada sirvió que el schah cambiara el nombre de Gamrun en Bender Abbas, que quiere decir «Puerto de Abbas.»

Fuera de este fracaso, Abbas con sus demás obras consiguió fomentar considerablemente la riqueza del país. Hoy todavía varias de ellas, como los puentes y posadas que se han conservado, contribuyen á sostener el escaso movimiento mercantil actual de la Persia y á impedir su extinción total.

Un poderoso soberano como Abbas no podía en aquel tiempo limitarse en Asia á construcciones prácticas y de utilidad pública; su posición y la costumbre exigían que mos-

trara también su poderío y riqueza en obras monumentales religiosas y de lujo, y hoy atestiguan todavía el fausto y el aprecio al arte del schah Abbas I un gran número de edificios, algunos ya ruinosos, con los cuales hermoseó su capital Ispahan, como la gran mezquita, el palacio de invierno de las «Cuarenta columnas» (*Chihil-Sutun*), los cuatro jardines (*Chehar-Bag*), esto es, el parque con un palacio de verano, etc.

En el reinado de Abbas I comenzó el período de decadencia de la literatura persa. Ya hemos visto el golpe mortal que la invasión mogola dió á la prosperidad material y no menos á la intelectual y artística de la Persia; pero un movimiento intelectual creador tan pujante como el persa, que hasta en el tiempo de los seldyucidas produjo todavía en las artes y letras obras admirables, no perece de un solo golpe á pesar de los espantosos desastres que con su séquito de miseria cayeron sobre aquel pueblo. En medio de la anarquía mas cruel, bajo el gobierno horrible de los il-khanes, el poeta lírico mas grande de Persia, Schems ed-din Mohammed, con el sobrenombre de Hafiz, compuso en su humilde retiro de Chiraz sus cantos inmortales, con gran desagrado del schah mosafarida Schodschá, que á la sazón reinaba, y que de buena gana le habria acusado de poco ortodoxo. Como sucede siempre con las celebridades literarias nacionales, el pueblo persa encuentra en su gran poeta nacional intenciones ocultas donde para otros es evidente que el autor habla ó canta con la franqueza mas ingénuá sin reticencia alguna. Hafiz cantó el amor y el vino para ahogar realmente el acerbo dolor que le causaba la situación de su patria, dolor al cual se agregaba en el alma del poeta una buena dosis del entusiasmo religioso del adepto de Soffi; y esto da á sus versos aquel matiz de hipocresía graciosa que está en el carácter nacional persa. Este carácter, que el canto mágico del gran poeta exhibe constantemente, cautiva hoy como antes á sus compatriotas, que refieren de Hafiz infinitos rasgos y anécdotas inventados por el entusiasmo y el cariño, como la entrevista del poeta con Timur, el feroz conquistador. Habiendo Timur entrado en Chiraz, mandó llamar al poeta para reprenderle por un verso en el cual dice á su amante (imaginaria) que daría las ciudades de Bokhara y Samarcanda por el lunarcito que ella tenía en la mejilla. El conquistador le dijo con ceño feroz: «He derribado y destruido con mi afilado sable los reinos mas grandes del mundo, para mayor gloria y aumento de población de las capitales y residencias reales de mi país, á saber, Bokhara y Samarcanda, y tú dispones de ambas en cambio de una peca negra en la mejilla de tu amante;» á lo cual contestó el poeta: «Ahí verás, oh rey, mi excesiva liberalidad que me ha reducido al estado de pobreza en que me ves.» Timur se sonrió y dejó marchar al poeta, dándole pruebas de su munificencia.

Ahmed Ibn Oweis, déspota feroz, pero al mismo tiempo amigo y protector de las letras, hizo proposiciones brillantes á Hafiz para atraerle á su corte de Bagdad, pero el poeta prefirió quedarse en su ciudad natal de Chiraz. Cuando posteriormente Mahmud Schah Bahmani, sultán mahometano del Dekhan, que reinó desde 780 hasta 799 (1378-1397), le invitó á pasar á su corte enviándole una gran suma para sufragar á los gastos de viaje, Hafiz, deseoso de ver la India, emprendió el largo viaje; pero cerca ya de Lahore fué sorprendido por bandidos que le desbajaron completamente, y gracias á dos comerciantes, compatriotas suyos, que encontró por casualidad, pudo regresar con ellos á su país. En Ormuz encontró un buque del mismo sultán Mahmud, á punto de hacerse á la vela para la India. Hafiz tomó pasaje en él, pero antes de levantar anclas sobrevino una tempe-

dad deshecha que aterrorizó al poeta, el cual como sus compatriotas no tenía gran afición á las peripecias de la vida marítima. Volvió, pues, á tierra, renunció al viaje y se excusó enviando al sultán del Dekhan una bella poesía en la cual decía: «La posesión del mundo entero no puede indemnizarnos de una sola hora de angustias; vendamos, pues, nuestro gaban por vino y saldremos todavía gananciosos.» De regreso á Chiraz, se dedicó poco á poco exclusivamente á la vida contemplativa como en su juventud. Sabio teólogo sofita y doctor eruditísimo del Corán murió por el año 791 de la égira (1389) en Chiraz, donde su sepulcro, como el de su predecesor Sa'adi, es objeto de veneración general.

Con Hafiz se cierra el período del apogeo de la poesía persa, que fué seguido de otro muy prolongado de una segunda florescencia en parte bellísima. Sin embargo, en los tiempos calamitosos en que mogoles y tártaros destruyen el imperio persa, nadie piensa mas que en las cosas materiales del momento, en la vida y subsistencia y en poner á salvo lo que se pueda. La vida intelectual, so pena de quedar completamente asfixiada por la realidad brutal, por la escasez y por la indiferencia general, tenía que adaptarse á la dominación mogola, que no gustaba de poesías novelescas, ni de epopeyas, ni mucho menos de desahogos líricos ni ideales. Gengis-Khan y su gente querían realidades; la política y el arte de la guerra les interesaban, y en literatura solo les halagaba la narración de los sucesos que les habían levantado á la altura del poder en que se hallaban, mezclada con adulaciones que aquellos bárbaros nunca encontraron excesivas ni torpes. Bajo esta presión, los espíritus serviles por necesidad ó por índole, si eran literarios, se hicieron historiadores para responder al gusto de los amos, y entonces, cuando la poesía enmudeció, empieza el período de la historia, por lo pronto de la historia que gira alrededor de las dos figuras mas prominentes, Gengis-Khan y Timur, cuya vida y hechos escribieron detallada y apologeticamente Allah ed-din Schuvaini y Scheref ed-din Ali de Yezd. La historia de los il-khanes, ó sea de los descendientes de Timur, empezada ya por el primero de los dos autores citados, así como la de los mogoles en general, fueron escritas por Abdallah con el sobrenombre de Wassaf, por Raschid ed-din de Hamadan, por Abd er-Rasak de Samarcanda y por otros; pero como todos ellos escribieron bajo la presión mogola, se dieron maña por disimular los horrores de aquellas fieras, cuando no los ensalzan como actos admirables, porque la mayor parte de estos escritores ocupaban elevados puestos en el gobierno. A pesar de estas exageraciones serviles, tienen estas obras el mérito de estar escritas por personas que conocían, cuando no directamente, por lo menos de muy cerca los lugares, personajes y época de los sucesos que narran, lo cual da á sus descripciones un valor inapreciable, sin contar la forma artística, el estilo fluido y los giros elegantes de la narración. Estos llegan á ser empalagosos y hasta inaguantables en la obra de Wassaf, en la cual las flores retóricas y las frases ampulosas y soporíferas asfixian los hechos históricos; pero por fortuna, si bien esta obra cabalmente por tales defectos goza en Oriente fama de modelo insuperable, no la han imitado los historiadores persas mas notables.

Después de estos autores asalariados como funcionarios del gobierno, vinieron otros que escribieron historias generales, la universal, la de los Estados mahometanos con algunos capítulos de introducción que tratan de profetas antiguos, de los reyes de Persia y otras materias anteriores al islamismo con su continuación hasta el tiempo en que escribieron. Los representantes clásicos de este ramo son Mir Chawend, mas conocido bajo el nombre abreviado Mirchond de Balh, que escribió una historia universal que es

todavía hoy la obra mas apreciada y mas generalizada de esta clase en Persia; luego Chondemir, nieto del anterior y protegidos ambos del timurida Husein-i-Beikara y del visir de éste Mir Alí Scher. Ambos autores son narradores diestros, simpáticos y discretos; no se entretienen en nimiedades retóricas; pero son incompletos y no rigurosamente exactos, atendido que han tomado su material de historiadores anteriores, material que gracias á ellos se ha conservado así en parte cuando lo demás se ha perdido. Esta circunstancia les da un gran valor para los estudios históricos modernos.

Forman otro grupo las memorias, de cuya importancia hemos hablado ya al tratar de un período anterior. Hasta cierto punto caben en este grupo también las obras históricas que acabamos de mencionar en cuanto tratan sus autores de sucesos en los cuales intervinieron como funcionarios del gobierno, como la historia especial del fin de los sultanes de Khwarism, escrita por Mohammed de Nesa, secretario de Schelal-ed-din Mingburni; los diarios de Beihaki y otras obras por este estilo de que hablamos ya en la primera parte. A éstas vinieron á agregarse relaciones personales de príncipes tártaros y persas, que narran sus propias hazañas y los sucesos en que figuraron, intercalando consideraciones político-militares, reglamentos y críticas de sí mismos, intercalaciones algunas de las cuales son muy extensas. No todos estos príncipes escribieron en persa, como los descendientes de Timur, sobre todo los mas antiguos. Estos se sirvieron de su dialecto turcomano el chagatai, nombre con que se designó el imperio de Timur, del que también se conservan memorias, sea que el mismo conquistador las haya dictado personalmente ó que alguien las escribiera por su orden y en su espíritu. Sus descendientes mostraron el mismo interés por dejar á la posteridad la relación de sus hechos, y se conservan memorias de Miran-Schah, hijo de Timur, de Babur II y de Schehan Gir, nieto del anterior. Las de Babur II, escritas en chagatai, son una de las obras mas notables de la literatura universal por la discreción, el conocimiento de los hombres, la ausencia absoluta de vanidad y jactancia, y la imparcialidad y admirable objetividad con que está escrita. De Heidar Mirza Duglat, príncipe de Kaschgar, descendiente de Gengis-Khan y primo de Babur, que como éste se distinguió por su valor en las guerras contra los usbecos, se han conservado las memorias escritas en persa. También existe una relación de una gran parte del reinado del schah sefida Tahmasp I, escrita por éste mismo, la que nos le muestra mejor literato que rey (1). En fin, la literatura de los nuevos Estados mogoles gira hasta la extinción de éstos al rededor de guerras y sucesos políticos, exceptuando únicamente el reinado de Husein-i-Beikara, descendiente de Timur y amante de las bellas letras, que volvió á reunir en su corte, como habían reunido en otros tiempos los samánidas, gaznavidas y seldyucidas, á los vates del país, que hicieron vibrar sus liras, recordando los buenos tiempos de la antigua poesía persa. El alma verdadera de esta corte fué

(1) Para aquellos de nuestros lectores que deseen conocer algunas de estas memorias, tan interesantes por estar escritas por personas que tan importante papel desempeñan en la historia del Oriente mahometano, citaremos aquí las traducciones de algunas de ellas:

*The Mufuzat Timury* translated by Stewart, Londres, 1830.  
*Institutes Political and military by Timour* translated by Davy, editor White, Oxford, 1783.

*Instituts politiques et militaires de Tamerlan*, por L. Langlés, Paris, 1787.

*Memoirs of Zahir-ed-din Mohammed Baber*, translated by J. Leyden and W. Erskine, Londres, 1826.

*Memoires de Baber*, traduits par A. Pavet de Courteille, Paris, 1871.  
*Memoirs of the Emperor Jahan-gueir*, translated by D. Price, Londres, 1829.

Mir Alí Scher, el gran visir de Husein, el cual compuso, bajo el nombre de Mir Nevai, poesías en idioma chagatai que adquirieron grandísima celebridad. También fueron célebres las que Fenai escribió en la misma corte en idioma persa. Mir Alí Scher trabajó sin descanso para llamar á la corte de su amo á los poetas y sabios de mas nombradía de su época. El resultado de estos trabajos fué brillantísimo: en aquella corte floreció Schami, el poeta mas grande del segundo período de la poesía persa, á fines del siglo IX de la éjira, talento universal y creador en todos los diferentes ramos representados por los Nisami, Hafiz, Sa'adi y Schelal-ed-din Rumi. Inmediatamente despues de él viene Hatiff, que entre otras obras nos ha dejado una epopeya de Timur escrita en el estilo de Firdusi. Otro literato de este círculo fué el historiador mencionado ya, Chondemir, nieto de Mirchond, protegidos ambos en sus tiempos del visir Mir Alí, y finalmente Mir Husein Waif Kaschiffi, que escribió una Etica muy apreciada y popular, una traduccion persa del Corán con comentarios y una version al mismo idioma, en estilo elegante, de la novela india de *Calila y Dimna*. Otro protegido de Husein, Dauletschah, escribió biografías de poetas persas, trabajo que habian emprendido ya otros antes que él, y sin el cual nada sabríamos de los innumerables poetas persas de épocas anteriores.

Todos estos talentos, que tan ricos frutos dieron á fines del siglo IX y principios del X, quedaron al poco tiempo relegados á segundo término á consecuencia de intereses de carácter religioso que ocuparon preferentemente la atencion de la sociedad persa.

La subida al poder de la dinastía de los sofíes señala el fin de la Edad media de la Persia y abre la época moderna de este país. La elevacion del siismo á religion del Estado por el schah Ismail llevó en pos de sí la organizacion del clero, principiada por el mismo soberano y continuada y desarrollada sistemáticamente por Abbas I; pero al propio tiempo recibieron también los dogmas y el culto exterior una forma precisa y definitiva en oposicion á la iglesia sunnita de los turcos. Con esto perdió una de sus principales condiciones de vida la antigua poesía retazona y en religion un tanto escéptica y aun irónica; ni habia ya sitio para genios pensadores sofítas con sus ribetes panteístas de la clase de un Schelal-ed-din ó de un Schami. El sofismo de la nueva dinastía no tenia nada de soñador ni de fantástico; su objeto era práctico, á saber: ser ante todo una columna sólida del nuevo Estado y de la iglesia oficial; y con este objeto se necesitaban teólogos siitas para la multitud de destinos, desde los mas humildes hasta los mas elevados, que fué preciso proveer en personas idóneas. Esto abrió un nuevo y vasto horizonte á las personas letradas, y desde aquel instante los mejores talentos se dedicaron á la teología y á la jurisprudencia; porque fué preciso reunir, comentar y clasificar las tradiciones siitas para formar el cuerpo de la doctrina y el de la jurisprudencia basada sobre ella. Esto separó las mejores fuerzas del campo de las bellas letras y de la historia, sin que los nuevos trabajos «científicos» es decir, teológicos, pudiesen pretender un mérito fuera los límites del imperio persa, reduciéndose todo á argucias nimias para sacar de la doctrina sencillísima mahometana y de la letra del Corán el material que necesitaba el siismo como iglesia oficial. Así, al paso que los productos literarios de esta pseudo-ciencia teológico-jurídica del clero siita ninguna utilidad han tenido para el movimiento intelectual universal, la poesía y la literatura histórica, que tan ilustres representantes cuentan hasta bajo el dominio mogol, solo han producido hasta hoy imitaciones pálidas de las obras antiguas. Así se explica el singular fenómeno de que con la

creacion de la Persia moderna y con la consolidacion del pueblo persa en una verdadera nacion haya quedado cortado de golpe el desarrollo propiamente nacional de este mismo pueblo, cuya historia es desde entonces la de su decadencia. La paz que disfrutó el país despues de la muerte de Abbas I solo sirvió al comercio de las naciones vecinas, especialmente al de la India, para empobrecer mas y mas la Persia, tan despoblada y arruinada ya por las calamidades sufridas en siglos anteriores. Un viajero francés muy perito en materia mercantil escribió en el año 1677 que el comercio indio habia sacado de la Persia todo el metálico (1). Todos los europeos conocedores del país y del pueblo persa señalan en todas las épocas pasadas, como todavía hoy dia, el talento, la laboriosidad y el genio industrial de los persas, que solo espera algun apoyo para sorprender al mundo con un cambio completo material é intelectual de su modo de ser; pero este apoyo ni se ha presentado ni hay esperanza de que se presente. Si los pueblos mahometanos que profesan la doctrina sunnita han perdido su impulso creador, ¡cuánto mayor no ha de ser el marasmo en que la religion siita, tan árida y negativa, ha de hundir al pueblo persa! Lo peor es que ninguna fuerza humana puede ya hacer salir ni al pueblo persa, ni á otro pueblo mahometano alguno, del férreo círculo en que su religion les tiene aprisionados. Mucho menos pudieron ni intentar ni siquiera conocer la necesidad de semejante obra sobrehumana ni el eminente schah Abbas I, que tanto hizo para robustecer y consolidar el Estado persa, ni mucho menos sus sucesores, que por la tiránica voluntad del destino fueron como gobernantes y como hombres nulidades y entes inútiles.

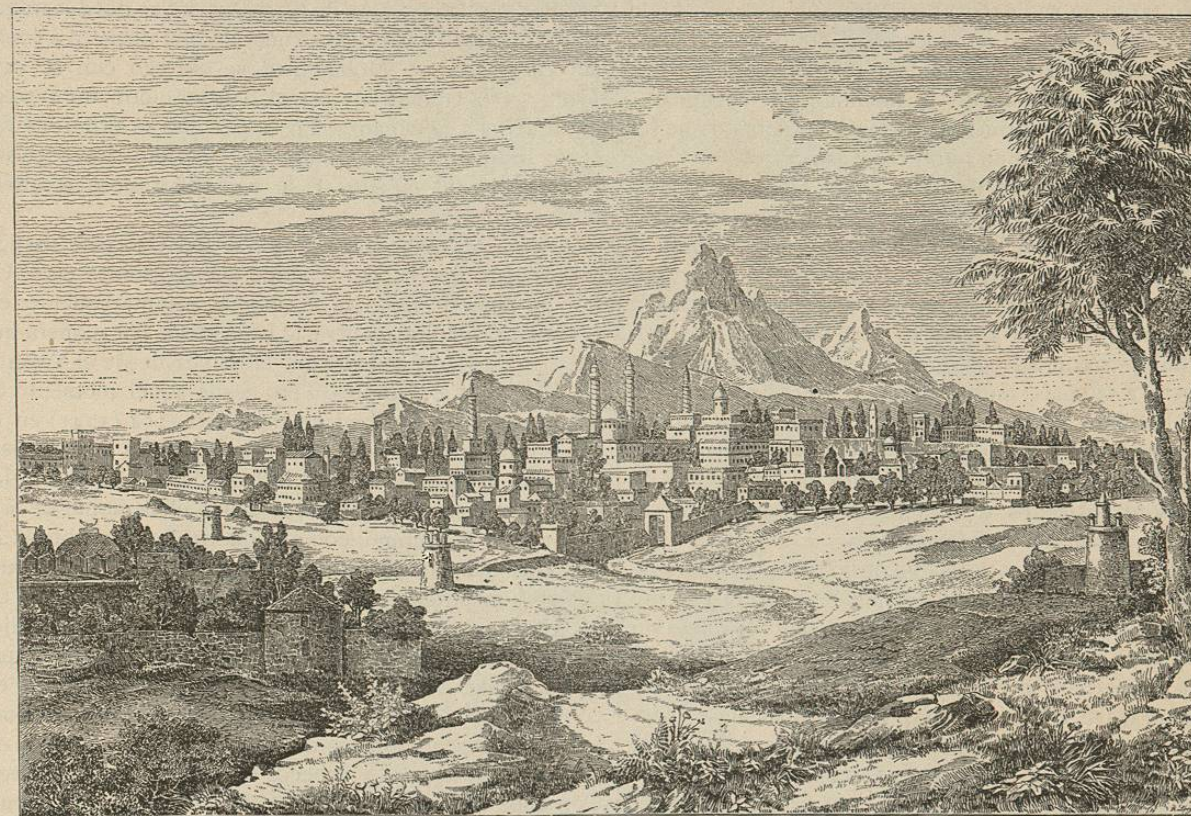
En sus últimos años dominaron á Abbas los recelos con que todo autócrata mira irremisiblemente á las personas que le rodean, oscureciendo su mente hasta rayar en la demencia, pues no otra cosa indica su horrible extravío de hacer matar á su hijo mayor Sofí Mirza, que por sus cualidades personales y el amor que el pueblo le profesaba habia excitado sus sospechas, y de privar de la vista á otros hijos menores suyos. Antes de morir nombró sucesor al hijo de Sofí, Sam Mirza, que reinó con el nombre de Sofí desde el año 1037 hasta 1051 (1628 1641). Cuando empezó á reinar contaba 17 años de edad, y fué uno de los monstruos mas sanguinarios de cuantos se han sentado en tronos para desgracia de los pueblos. Mientras esta fiera se ocupaba en dar muerte á los varones mas meritorios, el sultan de Turquía, Amurates IV, reconquistó en 1048 (1638) á Bagdad y los lugares santos, que no han vuelto á ser recuperados por la Persia. Desde entonces los mahometanos siitas se vieron privados de hacer la peregrinacion á la Meca, y si visitaban los lugares sagrados de Kerbelá y Nedschef estaban expuestos á insultos y peligros mayores, hasta que el bondadoso Abdul Medyid, que reinó en Turquía desde 1839 hasta 1861, permitió á los peregrinos persas el paso por sus estados para ir á la Meca.

En el transcurso del siglo XI (XVII) menguó el ímpetu guerrero del pueblo turco, que dejó á los persas en paz; de suerte que éstos, en los reinados de Abbas II, desde 1051 hasta 1077 (1641-1666), y de Sofí II ó Suleiman, desde 1077 hasta 1106 (1666-1694), no tuvieron mas guerras que las inevitables con los usbecos de las fronteras. Los dos soberanos persas citados aprovecharon esta larga tregua para dedicarse á los goces materiales; sus cortesanos siguieron su ejemplo y la desmoralizacion contagiò gradualmente al pueblo y al clero, y en particular á los derviches, de cuya

(1) *Voyages du chevalier Chardin*, edicion Langlés, Paris, 1811, tomo VI, pág. 164.

corrupcion cuentan los viajeros europeos de aquel tiempo cosas horribles. En el reinado de Husein, hijo de Suleiman, que duró desde 1106 hasta 1135 (1694-1722), se hizo la decadencia mas visible. La religiosidad sofita con sus tendencias místicas y las liberalizadoras de los soberanos se habia trocado en una devocion oficial y reglamentaria que encontró un adepto y protector poderoso en el schah Husein, en cuyo palacio pululaban en vez de sabios y visires turbas de clérigos y de khanes ó jefes de turcomanos. Este clero, enemigo de los derviches, inclinados á las meditaciones místicas, excitó al soberano á perseguir á los adeptos del sofismo por herejes; pero como los derviches gozaban de gran predicamento en el pueblo, empezó éste á sentir un vivo des-

contento, el cual se comunicó á la tropa turcomana, que se sintió humillada por la postergacion de sus jefes en favor del clero. Solo faltaba una conmocion leve para precipitar del trono la dinastía sefida, en apariencia tan sólida y establecida; y esta conmocion vino de fuera, de Candahar, foco perenne de peligros para la Persia. Candahar, peligro constante desde las guerras entre Scheibani y los descendientes de Timur, despues entre los usbecos y los reyes de Persia y mas adelante entre los sultanes de la India descendientes de Timur y los soberanos de la Persia, habia aprovechado la debilidad de Husein i-Beikara para hacerse independiente de este soberano. Mir Vais, jefe de la tribu afgana de los gils (ó ghilzi), se habia insinuado con refinada



Vista de Ispahan

astucia en la confianza del inepto soberano de Ispahan, y la aprovechó en el año 1121 (1709) para asesinar alevosamente en un banquete al valiente y activo gobernador persa de Candahar con todo su séquito. Las tropas que el schah envió contra el traidor fueron derrotadas en diferentes acciones. Vais murió en 1127 (1715) y su hijo, que le sucedió, fué destronado en 1129 (1717) por su primo Mahmud, que por su arrojo y empuje brutal era digno sucesor de Mir Vais. Mahmud se puso á la cabeza de las numerosas tribus afganas y se arrojó con ellas sobre el imperio persa, debilitado por recientes ataques de los usbecos por un lado, de los curdos por otro y de varias escuadras árabes del soberano de Mascate, que expulsados los portugueses en 1058 (1648) se habia hecho independiente. En circunstancias tan difíciles el clero con sus intrigas miserables habia paralizado la fuerza viva del devoto schah Husein y todo se perdió cuando su ejército fué derrotado á las mismas puertas de Ispahan en 1135 (1722). Los khanes ó jefes se dispersaron con sus fuerzas por sus respectivas provincias; los valientes armenios de la colonia de Schulfa, cerca de la capital, fueron acuchillados á pesar de su resistencia heroica

por los tercos afganes, y éstos pusieron sitio á Ispahan, que hubo de rendirse por hambre el 22 de octubre de 1722. El último schah de la dinastía sefida capituló y cedió su trono al jefe de las tribus bárbaras enemigas. La vida de Husein fué respetada, pero no la de sus hijos y demás parientes, á quienes el salvaje vencedor hizo degollar en 1137 (1725) para desembarazarse de competidores. Solo un hijo de Husein se libró del exterminio, porque habia huido á tiempo de Ispahan. Continuó la lucha contra el invasor en el Mazanderan y se le cita al lado del usurpador afgan Mahmud en la lista de los schahs de Persia con el nombre de Tahmasp II, aunque no llegó á hacer nada notable. La inconcebible y necia obcecacion de Husein y de su clero habia precipitado del trono la dinastía sofita, y no acabó con la existencia é independencia de la Persia merced al vigor y energía de las tribus turcomanas. La de los kadschares, acantonada al Sudeste del mar Caspio, se agrupó al rededor de Tahmasp, el heredero legítimo del trono, al cual ofreció también sus servicios un jefe de voluntarios que estaba ya peleando con los afganes en el Corasan y les habia tomado la importante ciudad de Nischapur. Este jefe, llamado Na-